

# **Aspectos socioculturales e imágenes del narcotráfico.**

## **Images and Social Cultural Aspects of Drug Trafficking.**

**Carolina Villatoro**

**Universidad Rafael Landívar (Guatemala)**

**carol.villasol@gmail.com**

### **Resumen**

En este artículo, se abordan los aspectos socioculturales del narcotráfico partiendo en primer término de las condiciones estructurales que son a la vez causa y elemento constitutivo del narcotráfico como actor; y en segundo término, se describe el proceso de formación de identidad del narcotráfico y el proceso de institucionalización de la narcocultura en relación a los componentes más importantes de su identidad cultural, con especial atención a las imágenes y mecanismos legitimadores de alto contenido simbólico mediante los cuales comunican su existencia y persistencia como actor y como forma de vida.

**Palabras clave:** narcocultura – imaginarios del narcotráfico – actor narcotraficante –

### **Abstract**

This article addresses the social and cultural aspects of drug trafficking primarily based on the structural conditions that are both cause and constituent of drug trafficking actors, and secondly, it describes the process of identity formation and institutionalization of narcoculture regarding the most important components of their cultural identity, with special attention to the images and legitimating mechanisms of highly symbolic content by which they communicate their existence and persistence as an actor and as a lifestyle.

**Keywords:** narcoculture - drug imaginary - trafficker actor

## Introducción

El rápido crecimiento económico y fuerza del narcotráfico, así como la constitución de sus redes y su percepción sociocultural en los espacios locales, nacionales y transnacionales, ha propiciado que los Cárteles del narcotráfico se hayan convertido en actores que participan de las estructuras de poder en el sistema internacional, con claros efectos en la cultura<sup>1</sup>; esto como resultado de un largo proceso de acciones y hábitos recurrentes construidos por traficantes de droga que conforme adquirían mayor dominio en el negocio, fueron conquistando los círculos dirigentes de la política, logrando ascenso social, y aumentando sus redes de control y legitimación social. De manera que, la transnacionalización del narcotráfico ha implicado el desarrollo de una “narcocultura”, definida como un conjunto de rasgos (comportamientos y valores, lenguaje, códigos propios, normas simbolismos y significados) relacionados a la producción, distribución y venta de drogas; ésta implica un modo de vida, un modo de pensar y un modo de ver el mundo. (Astorga, 1995, pág. 138; Valenzuela, 2002, pág. 10)

Los escenarios culturales de la sociedad han generado y reproducido ciertas representaciones sociales, formulaciones ideológicas y prácticas relacionadas con el tráfico de drogas, las cuales han adquirido historia, peso, extensión, y protagonismo, y han terminado por destacar sobre las demás actividades y valores de la sociedad. Tales prácticas han devenido en perfiles que marcan o definen a la sociedad, así, los patrones que el nuevo actor –narcotraficante- ha adoptado, desarrollado y exhibido, en términos de metas, actividades, y comportamientos, entrelazan su inserción gradual en la sociedad con el rechazo y la aceptación. En consecuencia, se puede decir que

“...la población no únicamente ha asimilado e interiorizado el fenómeno, sino además se ha transformado ella misma; se ha transformado en su concepción del mundo y del papel que debe desempeñar el gobierno, las instituciones, la familia. Existe, en el fondo de la vida social, una subversión de los valores, o éstos han sido corroídos. En el discurso público, del Estado, de las instituciones o de los particulares, la industria ilegal podrá ser rechazada, pero en la vida común, en la vida cotidiana, literalmente es pan de todos los días” (López C., citado en Córdova, 2011, pág. 153).

---

1 La cultura se refiere al patrimonio intelectual y material de una sociedad o grupo determinado, es el conjunto de conocimientos, valores, creencias, normas, símbolos y modelos de comportamiento que los miembros de dicho grupo comparten en diversa medida; la cultura abarca todas las manifestaciones de los hábitos sociales del grupo, los productos de la actividad humana inducidos por estos hábitos, y los medios materiales para su producción y reproducción. (Tylor, 1871; Boas, 1930; Linton, 1936; Kluckhohn, 1951; citados en Kroeber & Kluckhohn, 1952, págs. 81,82,90,98)

En este artículo, se abordan los aspectos socioculturales del narcotráfico partiendo en primer término de las condiciones estructurales que son a la vez causa y elemento constitutivo del narcotráfico como actor; y en segundo término, se describe el proceso de formación de identidad del narcotráfico y el proceso de institucionalización de la narcocultura en relación a los componentes más importantes de su identidad cultural, con especial atención a las imágenes y mecanismos legitimadores de alto contenido simbólico mediante los cuales comunican su existencia y persistencia como actor y como forma de vida.

### **1. Efectos causales y constitutivos**

Según Alexander Wendt, los efectos causales y constitutivos de la cultura en los agentes pueden ser ejercidos no sólo en su comportamiento, sino también en sus propiedades (identidades e intereses) o en ambos; los agentes son independientes de la cultura (causal) y a la vez dependientes de ésta (constitutivo). La cultura no sólo causa, sino también constituye agentes, el proceso por el cual los agentes se construyen puede ser explicable únicamente en función de las propiedades e interacciones de las personas con existencia independiente. (Wendt, 1999, pág. 169) El contexto determina qué significados pueden ser atribuidos a un agente, y si este contexto es cultural, entonces el pensamiento presupone la sociedad en el sentido de que ambos (pensamiento y sociedad) dependen del contexto. La cultura constituye agentes, ya que a menos que ésta sea apropiada por ellos, no puede entrar en sus mentes y mover sus acciones en cierta dirección, pero a través de esta disposición, los términos de la individualidad se convierten en un fenómeno intrínsecamente cultural.

El narcotráfico se ha expandido en un contexto que ha permitido su fortalecimiento como industria, en el marco de una intensa producción y emisión de significaciones construidas históricamente que tienden hacia la justificación implícita y la promoción de ciertas facetas de la actividad. En primera instancia, el narcotráfico tiene una elevada correlación con la pobreza, y aunque no es esta su única causalidad, es evidente que las condiciones socioeconómicas han sido determinantes en la incorporación al negocio de sujetos provenientes de sectores arruinados o empobrecidos, estratos populares y marginados con un bajo nivel de instrucción. (Simonett, 2004, pág. 139) Las dimensiones del tráfico de drogas y sus enormes ganancias lo hacen un negocio de gran rentabilidad y fuente primordial de empleo para dichos grupos y sectores; es una actividad difícilmente desdeñable debido a las enormes carencias y la situación de pobreza y marginación en las que han vivido. La rapidez con que los narcotraficantes adquieren los recursos se ha convertido en la "...esperanza de salida de las condiciones deprimidas, sumergidas, de ascenso social y de participación en los beneficios de lo que pueda haber de crecimiento y modernización." (Kaplan, 1992, pág. 110) Es precisamente éste su núcleo de penetración social, en tanto contrasta con la cada vez menor capacidad adquisitiva de

las sociedades latinoamericanas y las marcadas diferencias económicas y sociales que las caracterizan.

En estas sociedades, marcadas por la exclusión y la pobreza, los límites y las fronteras entre la ilegalidad y la necesidad, se han hecho cada vez más indiferenciados. Al intentar comprender la inserción de los sujetos en un negocio tan peligroso, no se pueden obviar los factores estructurales e históricos que han marcado tal situación

“...Si uno ve la pobreza espantosa... se empieza uno a explicar, en parte, el porqué esos hombres han sido protagonistas de esta historia. No han tenido disyuntiva. Si hablamos con sentido de la realidad, en forma honesta, yo no le encuentro otra salida a esa pobre gente que el narcotráfico” (Sinagawa, citado en Córdova, 2011, pág. 151).

En gran medida, los cultivadores que se han dedicado a esta actividad, lo han hecho como consecuencia de las condiciones de miseria, marginación y desesperación derivadas de la falta de oportunidades. Así, la necesidad de sobrevivencia ha tenido como efecto inmediato la constitución de formas de defensa y protección del tráfico en sus diferentes fases, los grupos e individuos que participan del tráfico de drogas han llevado a sus ámbitos particulares lo que a su juicio es una actividad legítima, o que han terminado por justificar en lo que concierne a sus necesidades de sobrevivencia; sin embargo, es claro que incluso asumiendo los riesgos a los que están expuestos, y las prácticas de crueldad, intimidación y terror, así como de las consecuencias penales de la propia actividad, y del pago de cuotas y en especie a las fuerzas policíacas y militares, quienes se involucran en la actividad realmente no obtienen grandes beneficios por su trabajo sino que obtienen solamente lo básico para sobrevivir. “... [L]as ganancias en miles y millones de dólares se quedan en otros lados, en otras manos, tanto de los grupos de traficantes como entre quienes pretendidamente combaten la actividad” (Córdova, 2011, pág. 121).

Ciertamente el narcotráfico ha sido identificado como un actor cuya irrupción ha adquirido mayor fuerza, capacidad expansiva y proyección en las estructuras de poder (producción, finanzas, seguridad y conocimiento); así también, como una organización altamente lucrativa, “...exacerba la posibilidad de tener dinero y poder en un país que ha dejado poco espacio para los pobres y para aquellos que no tienen las posibilidades de llegar ahí de otra manera” (Contreras Velasco, 2010, pág. 45). Como resultado, deviene en referente para gran cantidad de personas en la definición de proyectos de vida y del ideal de éxito; en este sentido, la base sobre la cual se han construido los mecanismos de legitimación, las lógicas de poder y las distintas formas de expresión del imaginario del narcotraficante han sido precisamente las condiciones de identidad devaluada y vulnerabilidad cultural cuyas raíces han sido reconstruidas en el marco de la narcocultura legitimadora de un (sub)universo consumido por el hedonismo, el instrumentalismo y la búsqueda de prestigio social.

Como se puede observar, la presencia del narcotráfico forma parte de la sociedad y a la vez la transforma: el productor, el distribuidor y el consumidor de drogas, así como la amplia red que la industria llega a requerir, se han unido estructuralmente dentro de la sociedad. Esta red de actores, fuerzas y relaciones sociales que se organiza y funciona alrededor del narcotráfico implica la creación u ocupación de considerables espacios sociales, rurales y urbanos, en tanto se identifica con la rápida movilidad social y el desplazamiento de un grupo social de orígenes y rasgos determinados (inserción de nuevos ricos procedentes del campo en los espacios urbanos) hacia el centro del escenario nacional e internacional; tales espacios se entrelazan con el papel del campesinado cultivador en el proceso y la estructura general del narcotráfico y de los cuales éste es a la vez causa y efecto. El narcotráfico "... ha criado híbridos de lo rural y lo urbano, de la transgresión y la "normalidad" sociocultural, como símbolos que muestran la naturaleza capitalista de la industria: la búsqueda a toda costa de la ganancia económica" (Córdova, 2011, pág. 110).

En la medida en que el narcotráfico ha ampliado sus dimensiones transnacionales ha llevado consigo sus bases culturales, de manera que un aspecto importante en el delineamiento del perfil del narcotráfico radica en la pertenencia social de los líderes de las organizaciones, quienes

"[...]ligados íntimamente a su tierra, de diversas maneras aprovecharon sus conocimientos del espacio y del territorio, así como de las costumbres, los hábitos y las prácticas sociales de sus antecesores y de la población de la región. Acicateados además por las condiciones socioeconómicas depauperadas, habrían de asumir los riesgos de una agricultura de la desviación, que en todo caso les permitiría, primero, obtener recursos para sobrevivir, y luego la posibilidad de ir forjando mayores bienes o más amplios cotos y territorios de poder, con las necesarias consecuencias de una parafernalia sociocultural que incluye el ejercicio de la violencia y el enfrentamiento con las fuerzas del Estado" (Córdova, 2011, pág. 151).

Teniendo en cuenta que la narcocultura surge de una base rural, su evolución ha significado una transición de valores de origen rural hacia un sincretismo con conceptos urbano-globales; de manera que, es necesario partir de lo local como un conjunto de relaciones sociales que trascienden las fronteras, y partir del reconocimiento de que la red transnacional del narcotráfico se nutre de las especificidades socioculturales de los contextos locales. Al analizar la narcocultura se observa la forma en que ésta se articula con las culturas populares, las especificidades regionales o locales y la manera en que los actores sociales manifiestan en las prácticas cotidianas las características de la cultura de la que provienen.

Conforme se fueron expandiendo sus redes de poder y legitimación, los simbolismos y representaciones que en principio caracterizaron su visión del mundo como

actores rurales de la ilegalidad pasaron a formar parte de un universo significativo más amplio y dejaron de ser percibidas como experiencias atípicas. En consecuencia, los personajes que en determinado momento irrumpieron, para algunos, de forma espontánea y como representación del mal, son en realidad un resultado de una serie de condiciones socioeconómicas y culturales, y por tanto, figuras familiares para los habitantes de las regiones en donde operan. Así, los cambios sociales y culturales que el narcotráfico ha generado en varios países y regiones de Latinoamérica fueron sintetizados en pautas e imágenes claras que dan razón de la existencia de un actor que ha sido acogido no solo económicamente, sino también culturalmente, por las naciones, regiones y localidades en las que se asienta, evidenciado en este proceso que la cultura no sólo causa, sino también constituye agentes en función de las propiedades e interacciones de personas con existencia independiente.

## **2. Formación de identidad**

La identidad se refiere a “...una propiedad de los actores ideacionales que genera disposiciones motivacionales y de comportamiento.” (Wendt, 1999, pág. 224) Las identidades están arraigadas en la comprensión de sí mismo que cada actor posee, el significado de tal comprensión dependerá a menudo en si los otros lo representan de la misma manera en que éste se comprende a sí mismo, en esa medida, la identidad tendrá una calidad sistémica intersubjetiva.

En el ámbito del narcotráfico se pueden evidenciar procesos de formación de identidad mediante selección natural, en tanto los Cártels más débiles o menos institucionalizados van desapareciendo o desintegrándose tras una captura o una baja importante, y por otra parte, mediante selección natural y sus mecanismos de imitación y aprendizaje social. En lo que refiere a los mecanismos de imitación y aprendizaje social, éstos se dan en función de las relaciones entre los agentes sociales que viven de la actividad con otros actores indirectos, en medida que se van forjando y configurando elementos de identificación y pertenencia grupal y social, se van delineando también los lineamientos y aspectos de su identidad que serán comunes y compartidos y los roles que serán desempeñados. Así, sobre esta base que “...unifica a los individuos, y que también los distingue como miembros de un grupo, de un estamento, de un sector y de una sociedad, van gestándose igualmente los ideales, las utopías o simplemente los planes, proyectos y expectativas de un mundo particular de vida...” (Córdova, 2011, pág. 40) En este sentido, como se ha indicado anteriormente, las identidades y los intereses se adquieren por imitación cuando los actores adoptan las características de aquellos a quienes perciben como exitosos, en términos de éxito material (la adquisición de poder o riqueza) y de estatus o prestigio social, ambos elementos son observables en el análisis de la identidad del actor narcotraficante. En correlación a la rapidez con que genera

ganancias económicas y alcanza ascenso social, la sociedad empieza a imitarle o involucrarse en mayor medida porque la idea de éxito asociada al narcotraficante es confirmada rápidamente en términos de nuevas formas de interacción social, ya que, no solamente ostentan su riqueza sino que también ostentan simbólicamente su pertenencia y estatus, esto implica nuevas formas de comportamiento en tanto que se perciben como más poderosos y son percibidos de la misma forma.

Es entonces cuando se activa el mecanismo de aprendizaje social, éste enfatiza en los efectos conductuales de la selección cultural, y se centra en cómo las identidades y los intereses se aprenden y posteriormente se refuerzan en la interacción social; este proceso involucra dos aspectos, la adopción de roles que consiste en elegir entre las representaciones disponibles del “yo” (incluidas las formas de narcotraficante violento, narcotraficante paternalista, narcotraficante “macho”, narcotraficante derrochador), y la asignación de roles que supone la asignación de un rol correspondiente al “otro” (los enemigos como el Estado y otros Cártels, los cómplices y protectores, y los protegidos); de esta manera, la identidad del narcotraficante es definida en principio por las ideas compartidas acerca de sí mismo como actor y las ideas que construye sobre los demás actores, ideas que son reforzadas posteriormente a través de la interacción constante.

El aprendizaje social implica que los actores llevan a la interacción ideas preconcebidas acerca de quiénes son y cómo aprenden las identidades en la interacción. Según se ha visto, la identidad cultural nutre la mayoría de estas organizaciones y aporta los códigos y vínculos que sustentan la cohesión y comunicación dentro de cada organización, así, genera su propia ideología legitimadora sobre la base de la historia, la cultura y la tradición; a propósito de esto, cabe citar por ejemplo, prácticas sociales que son continuamente asociadas al narcotráfico como el derroche, la violencia, el machismo, entre otras, pero que son en realidad, en mayor o en menor medida, prácticas recurrentes en las sociedades latinoamericanas. El aprendizaje social implica también la forma en que las identidades se “aprenden” en la interacción social con otros actores, así, al ser visto en la mayoría de los casos con una mezcla de temor y desconfianza debido a la potencialidad de agresividad y violencia que entraña, y en otros casos o escenarios con admiración y respeto, la identidad del actor narcotraficante es reforzada en la medida en que es interiorizada y aceptada por otros actores sociales. Los Estados contribuyen de sobremanera a la construcción de la identidad transnacional del narcotráfico a través de las instituciones y agencias especializadas que instituyen discursos oficiales, en los que los narcotraficantes protagonizan actos de violencia extrema que pretendidamente se presentan como una muestra de la “incivilidad” de estos actores, y como el principal motivo de desestabilización del sistema institucional vigente en la región.

Estos procesos y mecanismos devienen en la formación de una identidad o agencia “corporativa”, en tanto refiere a una estructura de organización y conocimiento compartido que permite a sus miembros participar en la acción institucional. Un agente (actor) corporativo posee tres características particulares que son: una “idea” de agencia corporativa, una estructura de toma de decisiones que institucionaliza y autoriza la acción colectiva (Wendt, 1999, págs. 218-220); en el caso de los Cáteles del narcotráfico, existe y se reproduce claramente la idea entre sus miembros de que actúan en nombre del Cártel y aceptan la obligación de actuar de manera conjunta en defensa de éste. A la vez, es claro que existe una estructura jerárquica que institucionaliza y autoriza a la acción colectiva de sus miembros en función de dos criterios: la centralización y la internalización; la centralización implica que la toma de decisiones es jerárquica, es decir que la estructura de la organización discrimina a favor de unos individuos sobre otros, el ejemplo más claro es el de los grandes capos que toman las decisiones finales,

“...todas las organizaciones de las que tenemos memoria son gobernadas de dos formas distintas: por un capo y el resto de sus lugartenientes, quienes por gracia y concesión suya le ayudan a gobernar el cártel; o por un capo y por barones que poseen sus territorios, no por gracia del capo sino por mérito propio” (Borges, 2008, pág. 49).

Por otra parte, la internalización supone que los individuos han interiorizado las normas corporativas en la forma en que definen su identidad, es decir que aceptan las acciones, jerarquías y reglas del Cártel como legítimas. Así pues, en el narcotráfico “[l]os integrantes de los clanes delictivos viven experiencias similares de participación, involucramiento, cooptación y asimilación de las normas de protección. Y así, un sujeto determinado con cualidades específicas, enganchado por vecinos, conocidos o familiares para hacer más cercano y estrecho el círculo de la acción e complicidad, empieza en consecuencia a formar parte de una “subcultura” organizada que gravita en torno a diversas actividades delictivas. “El individuo “asimila” y “recrea” la visión que se genera en ese mundo; se reconoce y lo reconocen como miembro; su identidad es creada y modelada a imagen y semejanza de sus colegas” (Astorga, 1995, pág. 20). A la vez que aporta su experiencia y conocimiento a la organización, esto explica la incorporación de ex policías y ex militares a los Cáteles del narcotráfico, así como de gatilleros y sicarios con experiencia.

A propósito de los elementos que caracterizan la identidad corporativa, se puede ilustrar al Cártel de Medellín en referencia a

“...Pablo Escobar tenía su escolta personal, grupos de hombres armados que cumplían las funciones de guardias y guardaespaldas, tanto del jefe del Cártel, como de sus propiedades. Los asesinatos por encargo en cambio eran cometidos por los jóvenes-sicarios reclutados y entrenados en las comunas de Medellín. La autoría material era del Cártel, pero el sicario se veía avocado a operar de manera casi solitaria... La relación entre el sicario y el Cártel era sumamente compleja y contradictoria. El

asesino debía mantener la mayor exclusividad de trabajo con el Cártel, pero al mismo tiempo no era parte directa del mismo, una suerte de proveedor “exclusivo”...” (Schlenker, 2009, pág. 83; cursiva propia.)

El fragmento citado hace alusión a la existencia de un “jefe del Cártel”, a la vez que menciona diferentes roles con diferentes funciones que constituyen la estructura de la organización, lo que supone una centralización de toma de decisiones que “discrimina a favor de unos individuos sobre otros” en tanto afirma que el sicario no era parte directa del Cártel, pero explica claramente la acción del sicario en términos de acción colectiva. Para citar otro ejemplo, las palabras de Zulema Hernández, amante del Chapo Guzmán, refieren a la identidad corporativa de los Cárteles

“El poder lo tienen todos juntos, ellos saben que su poder, su gran poder, radica en la unidad... Este es un mundo de gente, un mundo. No se trata del “Chapo” solamente. Se trata de mucha gente que está detrás. Son una familia. Entre ellos se casan, entre ellos tienen compadrazgos, los lazos se hacen comunes, se van tejiendo. Si un cabrón puede tener tanto poder, pues imagínate veinte, treinta o cuarenta. Imagínate mil” (Córdova, 2011, pág. 155; cursiva propia).

Este segundo fragmento ilustra de mejor manera la idea de agencia corporativa de los miembros de la estructura y la internalización de las normas que definen su identidad. Es importante mencionar, que además de los elementos que a lo interno definen la identidad narcotraficante, de manera externa los medios de comunicación coadyuvan a fortalecer la identidad que se proyecta en términos de las imágenes y discursos que manejan, así como por la cobertura que dan a determinados actores del narcotráfico.

### **3. Narcocultura**

El narcotráfico ha dado lugar a la aparición de una serie de relaciones y procesos sociales que incluyen no sólo a los Cárteles del narcotráfico como actor específico, sino también a los involucrados y beneficiarios directos e indirectos de la industria de la droga, a los integrantes de las redes de complicidades y los nuevos espacios sociales que generan y en los cuales se mueven, constituyéndose de esta manera una “narcosociedad” como expresión de su entorno sociocultural. En efecto, no se trata únicamente de la ilegalidad de la actividad, sino de que sus estructuras han afectado y penetrado todo el cuerpo social dejando de ser una problemática o agresión aislada de la normalidad,

“[e]l narcotráfico como fenómeno cubre con su manto no sólo a los grupos y sujetos transgresivos involucrados directamente, sino que su acción –ampliada y perfeccionada durante décadas- ha generado impactos, efectos e influencias de diversos tipos sobre segmentos y sectores sociales más amplios, incidiendo sobre la sociedad y la cultura regionales, trastornando escenarios y evidenciado características peculiares, de tipo transgresivo...” (Córdova, 2011, pág. 39).

En su evolución, las diferentes organizaciones o Cárteles de la droga han desarrollado formas y mecanismos transgresivos para llevar a cabo la actividad, en el

proceso han generado y reproducido un modo simbólico de percepción ideológica y cultural sustentado en comportamientos habituales que a su vez han llegado a construir y constituir pautas y normas de sobrevivencia. De esta forma, la narcocultura ha venido a ser cada vez más notoria en la vida pública e internalizada en el comportamiento de la sociedad puesto que las prácticas derivadas del tráfico de drogas no se desarrollan de forma aislada al resto de las prácticas de la sociedad, sino más bien, los narcotraficantes conviven en su entorno exteriorizando constantemente ciertas “formas de hacer” que se traducen en cambios y alteraciones culturales relacionadas directamente con el establecimiento de pautas culturales en torno a la actividad, que han logrado establecerse como normas y reglas dentro de la sociedad, y la población ha adoptado una idea tergiversada del mundo y del crimen y de la sociedad.

El perfil de los narcotraficantes se trata de una descripción que ha sido construida al paso del tiempo y que incluso los organismos gubernamentales han llegado a adoptar; en este sentido, el perfil de los narcotraficantes colombianos se ha constituido en una especie de prototipo o paradigma que tiende a reproducirse, aunque con una serie de variaciones, en otros países incorporados a la red transnacional del narcotráfico. En el caso de México, por ejemplo,

“...ya no es posible hablar de que en Sinaloa hay una cultura del narcotráfico... más bien, Sinaloa es la cultura del narcotráfico. Esta industria, y las percepciones sociales y concepciones del mundo que se derivan de la actividad, han penetrado todas las capas sociales, como realidad económica, como aspiración e idea social, como comportamiento. El narcotráfico es un fenómeno central de la vida social, cultural, política y económica de Sinaloa” (López C., citado en Córdova, 2011, pág. 153).

El narcotráfico se entrelaza con la emergencia de una narcocultura y la integración de ésta en una serie de patrones socioculturales que inciden en la organización y funcionamiento de las sociedades latinoamericanas como Colombia, México, Guatemala y otras. La narcocultura se ha ido estructurando en función de interacciones y construcciones referentes a tres criterios:

- En principio, comprende las pautas y estilos pragmáticos y utilitaristas, entre estos su hipervaloración del dinero y del éxito y el poder económico a lograr, cualquiera sea el método y el precio.
- En segundo lugar, la legitimación de sus propias pautas y estilos de tipo ilegal y de otras (agresividad, violencia, justicia privada,) que resulten funcionales para alcanzar exitosamente las metas criminales que se fijan para su actividad, es decir, la utilización libre y la promoción deliberada de todas las formas de criminalidad que sean útiles al narcotráfico o den salida lucrativa a los ingresos provenientes del mismo.
- En tercer lugar, las pautas y estilos que provienen de la identificación con los aspectos fundamentales de su desarrollo como referente sociocultural en el imaginario colectivo.

Integrada por estos tres tipos de componentes, la narcocultura es condicionada y determinada por éstos y actúa sobre los mismos para reforzarlos y desarrollarlos (Kaplan, 1992, pág. 135).

Es preciso hacer una distinción entre los aspectos subjetivos o interiorizados y las formas objetivadas de la narcocultura. Las formas interiorizadas o subjetivas tienen que ver con la ideología y las representaciones sociales que se reflejan en los comportamientos y las actitudes individuales, grupales y colectivas; éstas, están constituidas como creencias, valores y pensamientos traducibles en obras, artefactos simbólicos y construcciones significativas, de manera que se encuentran estrechamente ligadas a las formas o realizaciones objetivadas. Por otra parte, las formas objetivadas son aquellas que se refieren al lenguaje, el habla, los gestos, los hábitos, la moda, la vestimenta y accesorios, los artefactos y artículos de consumo y estatus, los productos de la comunicación (la música, la literatura, la iconografía popular,). (Córdova, 2011, pág. 21) Ambas condiciones o formas, las internalizadas/subjetivas y objetivas de la narcocultura, representan aspectos de estudio fundamentales en la presente investigación, en tanto, las significaciones imaginarias sociales existen en y, a través de objetos y personas que los representan y les dan forma, directa o indirectamente, inmediata o mediatamente. Las significaciones de tales construcciones constituyen el marco cultural en el que el actor narcotraficante interviene común y cotidianamente; tales significaciones, sólo pueden existir a través de su inscripción, presentación y figuración.

#### **4. Habitación**

Toda actividad que se repite con frecuencia está sujeta a la habitación, creando una pauta que puede reproducirse fácilmente en el futuro y adquiere carácter significativo para quien la ejecuta, estos procesos de habitación anteceden a la institucionalización que se da cuando las acciones habitualizadas son tipificadas; las instituciones invocan autoridad sobre el individuo pues controlan el comportamiento humano estableciendo pautas definidas que lo conducen en determinada dirección. La institucionalización puede producirse en cualquier zona de comportamiento de relevancia colectiva; algunas zonas de comportamiento serán comunes a todos los integrantes de una colectividad, sin embargo, muchas áreas de comportamiento serán relevantes solo para ciertos tipos. Estas diversas áreas de comportamiento no tienen por qué integrarse en un solo sistema coherente sino que pueden seguir coexistiendo sobre la base de realizaciones separadas, el comportamiento institucionalizado, define y construye roles e identidades que han de desempeñarse en el contexto de las instituciones (Berger & Luckmann, 2005, págs. 85-87).

En relación a las pautas y estilos pragmáticos y utilitaristas del narcotráfico, cabe decir que además del fortalecimiento y cohesión interna de las organizaciones, se han hecho necesarios códigos y normas particulares para cultivar, producir y transportar la

droga exitosamente; por lo tanto, los Cárteles están muy bien organizados: como actividad ilegal responde a criterios de autonomía, eficacia, productividad y rentabilidad, en tanto su fin primordial es el éxito en términos económicos, es decir el logro de un poder económico aparentemente ilimitado, lo cual tiene estrecha relación con las condiciones de pobreza que lo estimulan en primera instancia, y para este propósito, se hace necesaria la combinación de las mentalidades, actitudes y comportamientos de los actores involucrados. Para existir como proyecto ilegal en un contexto de prohibición, deben desplegar una serie de estrategias que les garantice la complicidad o la indiferencia social hacia sus actividades; como la utilización de un lenguaje propio para referirse a las armas, el dinero, las drogas, la muerte, etc., y la secrecía, rasgo característico de la narcocultura, que constituye un silencio defensivo para salvaguardar los intereses particulares de la organización así como los detalles de funcionamiento, instrumentación y manejo del negocio.

En cuanto a la hipervaloración del éxito y el poder económico, ciertos comportamientos y objetos se constituyen como nuevas formas de interacción social orientadas a la ostentación simbólica de su nuevo estatus; cuando el narcotraficante se hace de los recursos materiales a los que aspira, empieza a percibirse como más poderoso debido a la importancia que tales recursos tienen socialmente, de esta manera, al sentirse respaldado por una organización igualmente poderosa, empieza a asumir un cambio de su rol en el medio social mediante el establecimiento de relaciones utilitarias marcadas generalmente por la violencia simbólica "...para qué se es rico si no es para lucirlo y exhibirlo..." (Faciolince, 2008, pág. 148). Un ejemplo de esto es la institución del arma y del automóvil como mecanismo de poder y prestigio social, ambos instrumentos son utilizados no sólo como mecanismos de trabajo sino como símbolo de posición social y capacidad económica, es decir que no se consume el automóvil o la pistola como objeto material sino su cualidad de signo, la cual deviene o se extiende hacia la ostentación y extravagancia. En este sentido, el derroche y la ostentación forman parte importante del imaginario del narcotraficante, éste derrocha comida, ropa, drogas, alcohol, mujeres, etc., como parámetro de realización y éxito; incluso el derroche de balas observable en los actos de violencia protagonizados por narcotraficantes proyecta una imagen de poder en el imaginario social que refleja la capacidad de despliegue militar del narcotráfico y del poderío económico que permite la obtención de tal cantidad de munición y armamento. De manera que, el uso de bienes suntuosos corresponde al sobrentendido de que éstos simbolizan aceptación y respeto social, e indica que al poseer este objeto material se pertenece a un (sub)universo similar al del poderoso (narcotraficante) y aspirar a tener su poderío y dinero.

## **5. Legitimación**

El orden institucional requiere una serie de legitimaciones, es decir, modos con que poder explicarse y justificarse de forma amplia y coherente. “La legitimación produce nuevos significados que sirven para integrar los ya atribuidos a procesos institucionales dispares. La función de la legitimación consiste en lograr que las objetivaciones ya institucionalizadas lleguen a ser objetivamente disponibles y subjetivamente plausibles” (Berger & Luckmann, 2005, pág. 119). La legitimación tiene un elemento tanto cognoscitivo como normativo, pues no solo indica al individuo por qué debe realizar una acción y no otra, sino también le indica porque las cosas son lo que son. En este sentido, el simbolismo y el lenguaje simbólico llegan a ser constituyentes esenciales de la realidad de la vida cotidiana y de la aprehensión de esta realidad.

En referencia al segundo componente, la narcocultura adopta cierta ideología legitimadora de sus acciones que en lugar de negarlas o encubrir las, permite su aceptación y justificación plena. Los grupos e individuos que participan del tráfico de drogas han llevado a sus ámbitos particulares lo que a su juicio es una actividad legítima, o que han terminado por justificar en lo que concierne a sus necesidades de sobrevivencia; de la narcocultura se han desprendido una serie de legitimaciones institucionales que han terminado por transformar los patrones conductuales y simbólicos de los involucrados, y ha edificado un imaginario de nuevos significados legítimos. La lucha por su reconocimiento como autoridad política exige y tiende hacia otro tipo de acciones que van más allá de las propias de su funcionamiento, siendo éstas todas aquellas que expresan y refuerzan la propagación de la delincuencia, la violencia, el crimen y el terror. Este marco ha dado lugar a una visión que tiende a la pérdida de sensibilidad y de interés, a la subordinación, la negación o al rechazo de la diversidad de modos de existencia (grupos, regiones, naciones y estilos de vida), y a alternativas cuyos costos sociales y humanos abarcan tanto las latencias y realidades destructivas de un progreso unidimensional y unilineal, como las frustraciones que genera o refuerza; en efecto, la violencia se ha vuelto cada vez más inherente a este estilo de vida y se ha intensificado y generalizado (Kaplan, 1992, pág. 139).

Las organizaciones del narcotráfico ilustran una sociedad que concibe el uso de la violencia y la utilización de mecanismos de dominación como parte de sus usanzas y costumbres, y como uno de los medios más efectivos para obtener prestigio y movilización social, junto con la satisfacción de provocar miedo y de sentirse poderosos con sus armas. En la narcocultura,

“[H]asta los excesos y el sadismo, en los ajusticiamientos y ajustes de cuentas, llegan a ser justificados como parte necesaria de un mundo cerrado, que se encuentra permanentemente

cercado y enfrentado con otros grupos delictivos, contra las prácticas de corrupción de las brigadas judiciales y militares, y contra el sistema hegemónico” (Córdova, 2011, pág. 39).

Tales mecanismos se han llegado a conformar como prácticas recurrentes que forman parte de su constitución y trayectoria como actor, cuyas relaciones de fuerza y ejercicio de poder están orientados a imponer significados e imponerlos como legítimos, de manera que para lograrlo necesitan una reputación sólida sobre tal capacidad; esto lo consiguen anunciando intensivamente su violencia y asegurándose de que amplios sectores de la sociedad estén conscientes de su gran capacidad para ejercer la violencia, de ahí, la relevancia de los actos de violencia protagonizados por los actores del narcotráfico: los asesinatos de personajes como candidatos presidenciales, dirigentes de partidos políticos, periodistas e incluso religiosos, adquieren un significado social a modo de advertencia.

Los crímenes de narcotraficantes caracterizados por la espectacularidad y la exageración se han hecho cada vez más comunes, y es que, la violencia (material y simbólica) está marcada por un sentimiento profundo de humillación que se manifiesta en una crueldad exacerbada por parte de quienes se han sentido lastimados en su honor, uno de los valores más importantes en el narcotráfico. En este mundo,

“...la vida vale poco comparada con la estima pública; el valor, el desprecio de la muerte, el desafío son virtudes muy valoradas, la cobardía es despreciada en todas partes. El código del honor conmina a los hombres a afirmarse por la fuerza, a ganarse el reconocimiento de los demás antes de afianzar su seguridad, a luchar a muerte para imponer respeto... Lejos de manifestar una impulsividad descontrolada, la belicosidad primitiva es una lógica social, un modo de socialización consustancial al código de honor” (Lipovetsky, citado en Córdova, 2011, pág. 74).

En este código, la traición es castigada con la muerte, y los únicos valores supremos son la familia y su fe religiosa. La agresión a la familia deviene en actos de violencia exagerada y enfrentamientos entre grupos o familias rivales, relacionados con una suerte de “obligación moral” de vengar y responder a cualquier ofensa al núcleo familiar, sobre todo si tal ofensa ha provocado una muerte.

Un aspecto importante relacionado con la religiosidad, es el de la carga de mandamientos, pecados, faltas a la virtud y a la moral, así como otras normas de raíz campesina y del pensamiento católico tradicional. En virtud de tal religiosidad, sin embargo, muchos narcotraficantes optan por realizar donativos generosos a la Iglesia como un intento de limpiar sus pecados, pero en otros casos, este pensamiento religioso hace irreconciliable el dinero ganado a través del pecado en otra cosa más que el pecado mismo (fiestas, alcohol, drogas, placer, etc). De manera que, las fiestas que el narcotraficante ofrece comparten un significado más profundo que el derroche y la ostentación (de acuerdo con el primer criterio descrito) que constatan su poder, su valor y

su pertenencia al Cártel, y para mantener tal estatus organiza constantes “fiestas de vinculación” que financia con el dinero de sus actividades ilegales; esta relación entre ganancia y gasto adquiere un carácter paradójico: el traficante es consciente de sus pecados, pero debe pecar para conseguir el dinero que le facilitará “...el reconocimiento público que confirmará su valor como hombre capaz de pecar” (Schlenker, 2009, pág. 85).

El narcotraficante generalmente profesa una religiosidad popular muy fuerte, particularmente hacia determinados santos que son asociados a la tradición católica, y otros que han sido producto de un proceso controversial de santificación como Jesús Malverde, el “santo de los narcotraficantes”. El culto a Jesús Malverde se extiende a lo largo del noroeste de México, Los Ángeles, y Medellín; éste, un ladrón generoso que ayudaba a los pobres, aparece actualmente como una de las formas alternas de la santidad en el imaginario popular: un santo folklórico que conlleva el aspecto de criminalidad. En este sentido, la figura de Malverde interviene en el imaginario del narcotraficante como vinculación entre el acto de devoción como manifestación cultural y una realidad sociopolítica asociada al narcotráfico, además que ponen a disposición (objetivan) una imagen de santo que es compatible con la condición humana “imperfecta” del narcotraficante, se puede citar a manera de ejemplo la imagen “...Madre-Virgen es sagrada para el sicario, es sinónimo del amor, la entrega y la adversidad.” (Faciolince, 2008, pág. 152) Además, el culto a tales figuras religiosas, le sirve para enfrentar la constante de la muerte en este submundo.

## **6. Internalización**

La realidad de una determinada sociedad se constituye a través de la correlación de todos sus esquemas de significación, los cuales especifican su modo particular de ser, la organización del mundo y del mundo social en relación con las significaciones imaginarias sociales instituidas por la misma sociedad. De manera que, los imaginarios sociales, serían precisamente aquellas representaciones colectivas que rigen los sistemas de identificación y de integración social, por los que un determinado orden social llega a considerarse como natural. Son aquellos esquemas, contruidos socialmente, que permiten percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que en cada sistema social se considere como realidad. (Pintos, 1995) La función primaria de los imaginarios sociales “...se podría definir como la elaboración y distribución generalizada de instrumentos de percepción de la realidad social construida como realmente existente.” (Pintos, 1995) Esto se refiere al carácter instrumental de los imaginarios sociales, es decir a la materialización de las representaciones de lo social. En este sentido, se puede afirmar que sin imágenes no hay realidad social, puesto que la representación del mundo está condicionada por las mismas, son la base sobre la que se materializan las relaciones sociales, por lo tanto, los imaginarios sociales pueden también generar formas y modos que se constituyen como realidades.

La narcocultura como referente sociocultural hace alusión al conjunto de prácticas y comportamientos que han pasado a formar parte del universo público de los actores indirectos, aquellos que sin estar precisamente involucrados en el narcotráfico han adoptado sus hábitos e instituciones ya sea por provocación, simple gusto o deseo de pertenencia. La internalización del subuniverso simbólico del narcotráfico remite al concepto de imaginarios sociales, en tanto aquellas representaciones colectivas que rigen los sistemas de identificación y de integración social por los que un determinado orden social llega a considerarse como natural; estos, funcionan como esquemas construidos socialmente que permiten percibir algo como real, explicarlo e intervenir operativamente en lo que ha sido considerado como realidad. En el caso del narcotráfico, se puede observar "...la normalización de un fenómeno que de relativamente marginal pasó a ser parte de la vida cotidiana, a permear la sociedad y a imponerle, hasta cierto punto, sus reglas del juego..." (Córdova, 2011, pág. 70) y que ha llegado a constituirse como una realidad compartida cada vez más amplia cuyo referente ya no es la ilegalidad o transgresión, sino se dimensiona en el imaginario popular como un reificado<sup>2</sup> universo de sentido común, que legitima, defiende y se enorgullece de sus personajes y de sus hazañas contra la autoridad legal.

Si bien la existencia de una prohibición legal en torno a la actividad, le confirió en inicio una condición de escándalo y sanción moral; las prácticas ilegales derivadas del tráfico de drogas se han mantenido fundamentalmente alejadas de escrutinio y la mirada pública: los detalles íntimos de organización, funcionamiento, instrumentación y manejo del negocio son relativamente poco conocidos. Así, a partir de las historias y versiones disponibles sobre el narcotráfico, se ha constituido un cierto conocimiento popular, sobre el cual el resto de la sociedad ha ido construyendo y adoptando imágenes, escenarios y versiones populares ampliadas sobre la producción, distribución y consumo de drogas.

Como objeto de representación, la narcocultura se liga al marco de referencia de la sociedad y se convierte en un instrumento útil para interpretar la realidad y actuar sobre ella: en el imaginario popular, el narcotraficante es el nuevo referente de éxito y riqueza, se ha constituido como el personaje que simboliza sus expectativas y posibilidades de acción ante las limitaciones de la pobreza. Amplios sectores sociales, jóvenes principalmente, que han glorificado a sicarios y traficantes atribuyéndoles cualidades y virtudes relacionadas con la osadía, honor, valentía e incluso gran inteligencia; se han forjado también una imagen de generosos y filántropos, y son recordados con especial

---

<sup>2</sup> La reificación es la aprehensión de los productos de la actividad humana como si estos fueran hechos de la naturaleza, leyes cósmicas o manifestaciones de la voluntad divina; implica que el hombre es capaz de olvidar que él mismo ha creado el mundo humano (Berger & Luckmann, 2005, pág. 114).

afecto en sus comunidades, por ejemplo, al recordar al narcotraficante Manuel Salcido Uzeta “El Cochiloco” las afirmaciones son que éste “...sabía ser humilde, sencillo y amigo a pesar de su enorme poder: lo que dice la gente sobre esto no es más que la puritita verdad”. (Córdova, 2011, pág. 128) Como es posible observar, muchos líderes narcotraficantes llevan a cabo inversiones y una especie de políticas benefactoras en sus comunidades, que más allá de ser un elemento de poder en la estructura de seguridad en tanto actúan como proveedores de seguridad social para garantizar la protección de sus actividades, responde a un paternalismo muy ligado a sus raíces culturales rurales, a “su tierra” y la inminente pobreza, ante lo cual manifiestan una necesidad de proteger a los suyos de la mejor manera posible y amparados en el tradicional imaginario de finca/hacienda, muy ligado a las estructuras patriarcales, en que el patrón (ahora capo) constituye la principal figura paternal, y por lo tanto, el centro de toda autoridad.

En efecto, el apoyo de las poblaciones a los narcotraficantes ilustra la sólida integración simbólica del narcotráfico a la sociedad y el estrecho vínculo, condicionado por el dinero, entre éste y los grupos excluidos y castigados, que de alguna manera los enfrenta al Estado y consigue lealtad hacia el narcotraficante. Se puede decir que

“...la población no únicamente ha asimilado e interiorizado el fenómeno, sino además se ha transformado ella misma; se ha transformado en su concepción del mundo y del papel que debe desempeñar el gobierno, las instituciones, la familia. Existe, en el fondo de la vida social, una subversión de los valores, o éstos han sido corroídos. En el discurso público, del Estado, de las instituciones o de los particulares, la industria ilegal podrá ser rechazada, pero en la vida común, en la vida cotidiana, literalmente es pan de todos los días” (López C., citado en Córdova, 2011, pág. 153).

En este sentido, es preciso tomar en cuenta que los términos en que se naturaliza el fenómeno difieren: si bien en algunos casos es resultado de la simpatía que genera el deseo compartido de bienes materiales, en otros casos es resultado de una aceptación “impuesta” mediante amenazas.

Las representaciones sobre el narcotráfico recreadas en las formas objetivadas de la narcocultura, no sólo sirven para dar sentido a una serie de elementos que la sociedad conoce o intuye, sino que participan en la producción de pautas culturales a su alrededor, por lo tanto, permiten comprender las formas en que el narcotráfico irrumpe en las sociedades y el modo en que éstas aprehenden su presencia como un nuevo actor. El narcotráfico es asumido cada vez más como parte de la cotidianidad en las sociedades latinoamericanas, su popularidad en los medios y la cultura popular indica que forma una parte destacada de la realidad social; de ahí, la importancia del proceso de objetivación de la narcocultura que pone a disposición social una imagen o esquema para su institucionalización, de esta forma, figuras como el narcotraficante, el sicario, el adicto y los Cárteles no son sólo imágenes identificadas por el conjunto social, sino que pasan a ser

categorías sociales objetivadas en el discurso popular, empiezan a ser actores sociales y escenarios cotidianos, que permiten estudiar e interpretar las diversas interacciones y sentidos que se tejen alrededor del narcotráfico.

## **7. Bibliografía**

- Astorga, L. (1997). *Los Corridos de Traficantes de Drogas en México y Colombia*. Guadalajara: Latin American Studies Association.
- Astorga, L. (1995). *Mitología del narcotraficante en México*. México D.F.: Plaza y Valdés.
- Belardo, F. (2010). *Narcocultura: Un Idioma Musical. La Cultura del Narcotráfico en los Medios de Entretenimiento Masivos: Un factor de Consumo en la Adolescencia*. La Plata: V Congreso de Relaciones Internacionales, Octava Jornada de Medio Oriente.
- Berger, P. L., & Luckmann, T. (2005). *La Construcción Social de la Realidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Borges, T. (2008). *Maquiavelo para Narcos*. México D.F.: Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
- Burgos Dávila, C. J. (2011). *Música y Narcotráfico en México. Una Aproximación a los Narcocorridos desde la Noción de Mediador*. *Athenea Digital*, 11 (1), 97-110.
- Campbell, H. (2007). *El narco-folklore: narrativas e historias de la droga en la frontera*. *Nóesis. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 16 (32), 46-70.
- Castells, M. (2006). *La Conexión Perversa: La Economía Criminal Global*. En *La Era de la Información: Economía, Sociedad y Cultura (Vol. III: Fin del Milenio, págs. 199-243)*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Castoriadis, C. (2005). *The Imaginary Institution of Society*. Massachusetts: Polity Press.
- Contreras Velasco, O. (2010). *La Evolución del Narcotráfico en México*. Austin, Texas: Thompson Conference Center, ILASSA30 Annual Student Conference on Latin America.
- Córdova, N. (2011). *La Narcocultura: Simbología de la Transgresión, el Poder y la Muerte*. Sinaloa y la "leyenda negra". Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Faciolince, H. A. (2008). *Estética y Narcotráfico*. *Revista de Estudios Hispánicos* (42), 513-518.
- Kaplan, M. (1992). *Aspectos Sociopolíticos del Narcotráfico*. México D.F.: Instituto Nacional de Ciencias Penales.

- Maldonado Aranda, S. (2012). Drogas, Violencia y Militarización en el México Rural. El Caso de Michoacán. *Revista Mexicana de Sociología* , 74 (1), 5-39.
- Méndez Fierros, H. (2003). Sensacionalismo y Narcocultura en el Periodismo. Una Mirada desde la Frontera México-Estados Unidos. *Sala de Prensa* , 2 (62), Obtenido de <http://www.saladeprensa.org/art512.htm>.
- Ovalle, L. P. (2005). Las Fronteras de la "Narcocultura". En E. Garduño, H. M. Lucero, M. A. Magaña Mancillas, L. P. Ovalle, A. Tapia Landeros, & F. Vizcarra, *La Frontera Interpretada. Procesos Culturales en la Frontera Noroeste de México*. Mexicali, Baja California: Universidad Autónoma de Baja California: Centro de Investigaciones Culturales-Museo, CONACULTA/ CECUT, Congreso del Estado de Baja California.
- Ovalle, L. P. (2010). Narcotráfico y Poder. *Campo de Lucha por la Legitimidad. Athenea Digital* (17), 77-94.
- Park, J. (2008). Topografía del Narcomundo y Erosión del Mapa Metropolitano: Narconovela, Violencia y Política de la Mera Vida. En *Imaginar sin Frontera: Visiones Errantes de Nación y Cosmopolitismo desde la Periferia* (págs. 106-147). Pittsburgh: University of Pittsburgh, School of Arts and Sciences.
- Pintos, J. L. (1995). *Los Imaginarios Sociales: La Nueva Construcción de la Realidad Social*. Obtenido de Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad de Santiago de Compostela: <http://www.usc.es/cpoliticas/mod/book/view.php?id=801>
- Ramírez-Pimienta, J. C. (s.f.). Del Corrido de Narcotráfico al Narcocorrido: Orígenes y Desarrollo del Canto a los Traficantes. *Studies in Latin American Popular Culture* (23), 21-41.
- Retamales, J. (s.f.). *Globalización del Narcotráfico, Narcocultura y Narcocorrido*. Recuperado el 03 de agosto de 2012, de <http://www.class.uh.edu/mcl/faculty/zimmerman/lacasa/Estudios%20Culturales%20Articles/Jaime%20Retamales.pdf>
- Sánchez Godoy, J. A. (2009). Procesos de Institucionalización de la Narcocultura en Sinaloa. *Frontera Norte* , 21 (41), 77-103.
- Schlenker, A. (2009). Narcotráfico, Narcocorridos y Narconovelas: La Economía Política del Sicariato y su Representación Sonora-Visual. *URVIO* (8), 75-87.
- Simonett, H. (2004). En Sinaloa Nací: Historia de la Música de Banda. México: Asociación de Gestores del Patrimonio Histórico y Cultural de Mazatlán.

Valenzuela, J. M. (2002). Jefe de Jefes. Corridos y Narcocultura en México. México D.F.: Plaza & Janés.

Wendt, A. (1992). Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics. *International Organization* , 46 (2), 391-426.

Wendt, A. (1995). Constructing International Politics. *International Security* , 20 (1), 71-81.

Wendt, A. (1999). *Social Theory of International Politics*. New York: Cambridge University Press.

Wendt, A. (1987). The Agent-Structure Problem in International Relations Theory. *International Organization* , 41 (3), 335-370.

## **Datos del autor**

*Astrid Carolina Villatoro Solórzano*, es Licenciada en Relaciones Internacionales por la Universidad Rafael Landívar de Guatemala; tesis de grado sobre La Transnacionalización Cultural en las Narconovelas: los Imaginarios Sociales en torno al narcotráfico. Colaboraciones realizadas en proyectos de investigación sociopolítica; pasantías en Cámara de Comercio e Industria Italiana en Guatemala, y Ministerio de Relaciones Exteriores de Guatemala, actualmente trabajando en la Secretaría Técnica del Consejo Nacional de Seguridad (Guatemala).

---

## **Historia editorial**

Recibido: 20/11/2012

Primera revisión: 24/11/2012

Aceptado: 07/12/2012

---